

APUNTES PRELIMINARES SOBRE LA "INTELLIGENTSIA" PUERTORRIQUEÑA Y EL CARIBE HISPANICO*

Por MANUEL MALDONADO DENIS**

No cabe duda de que, en toda el área del Caribe, existe un segmento de la población total que es conocido y que se conoce a sí mismo por el apelativo de "los intelectuales". Que el término —en el sentido más preciso que le confiere la sociología contemporánea—, no haya sido usado con toda la corrección y propiedad científica que una disciplina amerita —utilizándose indistintamente para cubrir bajo su palio protector a multiplicidad de "hombres de letras", artistas y científicos— no debe ser óbice para que podamos intentar aunque sea un acercamiento preliminar al tema. Después de todo, en los países de habla hispánica "el pensador" y el "hombre de letras" han ocupado siempre lugares de distinción, dándose el caso con mucha frecuencia de que estos mismos "literatos" y "pensadores" hayan emprendido el arduo camino de la política. Su "importancia", por lo tanto, no debe estimarse por la "importancia" de este sector minoritario de la población en países altamente industrializados donde existe una tradición diferente y una estimación adversa del papel de los intelectuales a la vida cultural y en la vida pública. Por el contrario, es menester estudiar la influencia relativa de los intelectuales en la vida pública y cultural del Caribe hispánico sin que medien opiniones preconcebidas que puedan obnubilar nuestro juicio.

Es claro que el uso mismo del término "intelectual" o "intelligentsia" resulta ambiguo. Comprendo las dificultades ínsitas a una definición precisa de estos términos. Baste aquí con indicar que entenderé aquí por "intelligentsia" aquel segmento de la población de un país, más o menos claramente definido, que posee las siguientes caracte-

* Ponencia presentada ante la Segunda Conferencia de Estudios del Caribe (Caribbean Scholar's Conferen) celebrada en Jamaica durante los días 14, 15, 16 y 17 de abril de 1964.

** Catedrático asociado de Ciencias Políticas y Director de la Revista de Ciencias Sociales del Colegio de Ciencias Sociales, en la Universidad de Puerto Rico.

terísticas: a) educación formal en las artes y/o en las ciencias; b) ocio suficiente para dedicarse al cultivo y al fomento de éstas; c) capacidad creadora o capacidad para fundir dicha creación original por los medios de expresión que provee la sociedad que le sirve como trasfondo a sus actividades. Como es obvio, los elementos enumerados apuntan hacia un grupo de personas con una capacidad fuera de lo corriente para la articulación y para la expresión de ideas y de símbolos, para el planteamiento de problemas en términos de estas ideas y para la justificación o cuestionamiento de las instituciones económicas, sociales y políticas a la luz de éstas. Vale decir, que la "intelligentsia" —en cuanto grupo, necesariamente refleja en sus orientaciones y valores la articulación de las diferentes fuerzas sociales y económicas dentro de la sociedad, así como el origen social de sus propios componentes. El libro de Karl Mannheim *Ideología y Utopía* plantea esta cuestión desde el punto de vista de la sociología del conocimiento y no es necesario redundar en ello aquí. Baste decir que tanto la ideología —entendida como el sistema de ideas que racionaliza o justifica el sistema existente— como la utopía —entendida como el sistema de ideas ofrecidas como la alternativa para la reconstrucción del orden existente— son, según el sociólogo alemán, una muestra de la corrección de la tesis propuesta por Marx en el sentido de que "la existencia de los hombres determina su conciencia". El intelectual no se mueve en el área etérea donde no alcanzan los pobres mortales, sino en el mundo humano, demasiado humano, de las pasiones en pugna con la razón, de los intereses particulares frente a los intereses generales, de las visiones del mundo antagónicas y discordantes.

César Graña, en un trabajo leído hace algún tiempo ante la Asociación Sociológica Norteamericana, creyó ver en las visiones del mundo a menudo discrepantes del técnico y del humanista la clave para la comprensión del predicamento del intelectual puertorriqueño actual. La tesis no debe tratarse de soslayo, sino frontalmente. Como trasfondo debe apuntarse hacia la influencia de *The Two Cultures and the Scientific Revolution* de C.P. Snow en el sociólogo mencionado. Su observación parte del abismo entre la cultura humanística y la cultura científica tal y como la expone el escritor inglés, pero aplicada a la realidad puertorriqueñas a partir del 1945. (Por cierto que las observaciones de Graña en torno a la "intelligentsia" puertorriqueña reflejan su propia visión de la intelectualidad hispanoamericana, según éstas han sido expresadas en dos artículos sucesivos de dicho autor para la revista *Social Research*).

I

La orientación fundamental de los intelectuales puertorriqueños ha reflejado —a partir del 1940— la nueva alineación de intereses y de ideologías conflictivas que han cristalizado en Puerto Rico a partir de entonces.

Tomemos primero que nada de lo que siguiendo a Graña y a Snow podíamos llamar la "intelligentsia literaria" puertorriqueña, para designar a ese grupo de intelectuales de nuestra sociedad que continúa la tradición humanístico-literaria que nos ha acompañado desde fines del siglo pasado y comienzos de éste. Así, si observamos las orientaciones básicas de esta "intelligentsia literaria" puertorriqueña, nos confrontamos, en términos generales, con su profunda preocupación en lo referente al asunto del *status* político: los miembros de este grupo se inclinan básicamente hacia la independencia como solución final al *status* político de Puerto Rico. Manifiestan estos escritores, asimismo, profundas preocupaciones sociales y culturales, sobre todo en lo que referente a lo que ellos interpretan como un intento de "norteamericanizar" al puertorriqueño o de someterlo pasivamente a la cultura de masas norteamericanas. Tanto las artes plásticas como la literatura en sus diversos géneros expresan concretamente esta visión de Puerto Rico de cariz marcadamente nacionalista y romántica. También existe una profunda preocupación entre estos sectores de la inteligencia puertorriqueña en cuanto a los posibles efectos deshumanizantes de la industrialización.

Hay en este segmento de la intelectualidad puertorriqueña un realismo que se mezcla, en ocasiones, con la tónica existencialista; en otros casos hay un realismo denunciante pero catártico; en raras ocasiones —hacemos la excepción de José Luis González— puede decirse que haya realismo socialista.

En cuanto a origen social, mi experiencia personal indica que este sector de los intelectuales puertorriqueños proviene primordialmente de la clase media o de la pequeña clase media. La orientación de éstos no deja de reflejar este dato radical; y la preocupación a veces morbosa por los temas mencionados es prueba palpable de que —no obstante sus protestas— aún pueden insertarse aunque sea incómodamente en el mundo que les ha prohijado. Por eso la creación literaria y artística en Puerto Rico podrá tener ese carácter humanístico que Graña correctamente le atribuye, pero ese humanismo no ha pasado de ser un ejercicio mental de y para una élite intelectual en Puerto Rico. El hecho de que toda esta literatura de protesta no haya encontrado y

no haya germinado en otros niveles de nuestra vida colectiva no puede atribuirse—como generalmente se hace— a la torpeza u obliteración espiritual de “las masas”, sino quizás a otras circunstancias de nuestra existencia como pueblo que calan más hondo en su vida colectiva. Sería menester buscar la explicación en todo el sistema educativo—desde los niveles elementales hasta la Universidad de Puerto Rico— que no han abonado el suelo para que este tipo de orientación ideológica pueda germinar o causar impacto, aun cuando, calando más hondo, tendríamos que atribuirlo a todo ese complejo de relaciones de dependencia de los puertorriqueños frente a los Estados Unidos que ha prolijado una mentalidad rayana, por momentos, en la esquizofrenia cultural.

Hemos visto ya, en forma muy somera, las orientaciones básicas de este grupo, sus preferencias, y sus orígenes sociales. Tornemos ahora nuestra atención a otro segmento acusado de la intelectualidad puertorriqueña a partir del 1940. Me refiero a los que podríamos llamar “los humanistas liberales”.

La influencia de los “humanistas liberales” ha sido muy marcada dentro de la sociedad puertorriqueña de los últimos veinte años, sobre todo en y desde la Universidad de Puerto Rico y dentro del sistema educativo en general—aunque en un menor grado en este último. El típico “humanista liberal” ha estudiado por lo general en una universidad norteamericana cuya orientación humanista es muy marcada, proviene generalmente de la clase media o de la pequeña clase media, y se orienta básicamente hacia los valores y hacia la concepción del mundo de la “intelligentsia” liberal norteamericana. Favorecedor del sistema de “educación general”, recalca sobre todas las cosas a la “cultura occidental” y a su tradición liberal. Fundamentalmente los componentes de este grupo consideran a los “literatos” como ilusos o faltos de sentido realista, más bien como seres inofensivos que como elementos perversos. En términos generales, este grupo se compone de sociólogos y filósofos—no de novelistas, dramaturgos o poetas— y puede afirmarse que ellos han provisto básicamente la justificación en términos ideológicos del actual *status* político. Comprometidos fundamentalmente con un liberalismo novotratista, sus componentes ilustran todas las contradicciones que son consustanciales a su posición ideológica—así como todos sus aciertos. Contrario a la “intelligentsia” literaria—que en ocasiones muestra influencias del catolicismo—este grupo es predominantemente laicista y racionalista. Si hubiese que señalar las figuras intelectuales que les sirven como norte podría afirmarse sin vacilaciones: Jorsé Ortega y Gasset y John Dewey.

Por último está lo que C. P. Snow ha llamado la “intelligentsia”

científica y tecnológica. La formación de este sector ha sido consecuente con las necesidades imperiosas que todo proceso industrializador aparece. Los componentes de este grupo dentro de la intelectualidad puertorriqueña provienen también generalmente de la clase media o de la pequeña clase media y muchos de ellos han ido a los Estados Unidos para sus respectivas especializaciones. En gran medida son los economistas "puros", los ingenieros, los "técnicos administrativos", en fin, todo ese sector especializado dentro de la burocracia estatal e industrial que se orienta, para usar el término de Mannheim, con "racionalidad funcional" más bien que con "racionalidad sustantiva", y que cultiva una posición de supuesta "neutralidad ética" frente a los problemas políticos que confronta la sociedad puertorriqueña. Para el técnico la palabra básica es "administración" y su intento es reducir lo más posible esa área incierta y preñada de conflictos que define el ámbito de la política. La postura de los literatos resulta, para éstos, aún más incomprensible que para "los humanistas liberales". De hecho, en la medida en que sus orientaciones políticas pueden definirse con claridad, puede afirmarse que en la actualidad favorecen el E.L.A. —pero que su inclinación básica, de plantearse escuetamente el problema entre estadidad o independencia, sería por la estadidad. Al menos esta tendencia se acusa ya de entre un grupo influyente de técnicos dentro del partido de la mayoría. A medida que la integración económica de Puerto Rico con la metrópoli se hace más firme, los técnicos contemplan el futuro político de la isla con preferencias decididamente conservadoras.

II

Estos tres grupos, por lo tanto, componen lo que podríamos llamar la "intelligentsia" puertorriqueña actual. Hemos visto —y para ello ha utilizado fundamentalmente la metodología del "tipo ideal" weberiano— sus orígenes, orientaciones y preferencias básicas en términos de la problemática puertorriqueña del momento. Es imperativo señalar que el trasfondo socioeconómico que sirve como trasfondo para estas visiones a menudo antagónicas, del mundo, es el siguiente:

Diré así, a quemarropa, que es menester tener bien claro que no tomamos el 1940 como el punto de partida porque haya habido una "revolución" en Puerto Rico en ese año. El programa de "Operación Manos a la Obra" meramente canalizó un capitalismo del sector agrario al sector industrial —como ha apuntado con agudez el Dr. Gordon Lewis en su libro reciente— y no debe tomarse como una transformación radical de las estructuras sociales y económicas de la sociedad

puertorriqueña con el advenimiento del Partido Popular Democrático al poder en ese año. El carácter burgués o pequeño burgués de la inmensa mayoría de la intelectualidad puertorriqueña es indicio de que la educación es aún hoy —y esto lo ha documentado con creces el Dr. Luis Nieves Falcón en un estudio reciente— el patrimonio de una clase privilegiada y no algo accesible —salvo en números muy pequeños— a las masas obreras y campesinas de Puerto Rico. Refleja por lo tanto la “intelligentsia” puertorriqueña no sólo su origen socio-económico —en sus orientaciones fundamentales—, sino el dato radical de su existencia dentro de una economía capitalista integrada y subordinada a la economía de la metrópoli. Asimismo, el carácter colonial —en su forma más o menos disfrazada— de la relación entre Estados Unidos y Puerto Rico ha contribuido a perpetuar, hasta el día de hoy, esa “magnífica obsesión” con el *status* político apuntado también por el Dr. Gordon Lewis —obsesión que ha consumido la mayor parte de las energías de nuestros intelectuales por más de seis décadas.

Dentro de la sociedad colonial existen grupos cuya identificación con los intereses de la metrópoli obedece primordialmente a lo que ellos interpretan como una identidad de intereses entre aquélla y ésta. La “intelligentsia” técnica o administrativa, especialmente aquella que deriva su fuente principal de ingresos de la prestación de servicios a subsidiarias de empresas norteamericanas o a agencias del gobierno federal, no puede dejar de vislumbrar que la “permanencia” de la relación de Puerto Rico con los Estados Unidos debe mantenerse. Como técnicos su criterio fundamental es el de la eficacia y el de la racionalidad funcional, y por lo tanto se acostumbran a todos aquellos patrones de conducta que les permitan identificarse con sus homónimos en los Estados Unidos —los “hombres organización”. Como creyentes en la neutralidad ética, se inclinan por lo general hacia la seguridad como valor predominante, y miran con recelo y suspicacia a todos los que pretenden “romanticizar” en la vida política del país. El problema del colonialismo o no les preocupa o no lo perciben como tal.

Los “humanistas liberales”, aún fascinados por el Nuevo Trato, quieren “humanizar” al capitalismo, y consideran que los males de la sociedad puertorriqueña pueden remediarse en gran medida por vía del meliorismo social. Pero los liberales siguen aún atados a la defensa de un capitalismo de Estado benefactor que les mueve a dar su asentimiento tácito —aunque no siempre sin reservas— al actual *status* político. Confiados en la influencia “liberalizadora” de los liberales de la metrópoli, y dispuestos a buscar un *modus operandi* con éstos de tal forma que Puerto Rico pueda disfrutar de los beneficios económicos de la relación con los Estados Unidos con el menor perjuicio posible.

—visto esto desde su perspectiva, naturalmente— la economía del país. Los liberales humanistas consideran que la colonia puede ponerse en paréntesis, y que ésta no es tan perniciosa —siempre y cuando que soplen vientos liberales desde Washington— que pueda deshumanizarse al puertorriqueño o convertirlo en un hombre enajenado de sí mismo y de sus semejantes.

Los miembros de la "intelligentsia" literaria, de otra parte, visualizan la colonia y al capitalismo como perniciosos. Aunque algunos son "Ludditas" intelectuales —como les ha llamado C. P. Snow—, éstos combaten los efectos deshumanizantes no sólo del capitalismo, sino del colonialismo. Generalmente esta crítica ha tomado un sesgo romántico-nacionalista, pero el tenor general ha sido el de una crítica al colonialismo y al capitalismo tal y como éste afecta al pueblo puertorriqueño. Con raras excepciones, esta intelectualidad nunca ha sido radical en el sentido izquierdista —como lo era entre algunos sectores de la "intelligentsia" cubana antes y después de la revolución— sino más bien radical en el sentido de que adoptan una actitud crítica frente al orden existente. Las causas de que no haya surgido en Puerto Rico una intelectualidad de izquierda merece una investigación de por sí. Baste señalar aquí que uno de los factores —quizá de los más poderosos— ha sido que la "intelligentsia" puertorriqueña ha estudiado por lo general en los Estados Unidos, donde predomina el liberalismo como ideología oficial en muchas universidades. Además el programa de meliorismo social instaurado por el Partido Popular Democrático —en momentos verdaderamente aciagos de crisis social y económica— no fue propicia para una conciencia de explotación difundida entre las masas, y la mayoría de los intelectuales del momento, o se entregó a la versión liberal novotratista, o se entregó al nacionalismo romántico e hispanizante. Pero es un hecho que no haya en Puerto Rico una auténtica ala radical dentro de sus intelectuales —a diferencia de Cuba y de Santo Domingo. En realidad el asunto amerita mayor estudio.

III

Una somera meditación nos indica que lo expuesto hasta aquí no fue característico de la "intelligentsia" puertorriqueña durante las primeras cuatro décadas de este siglo. Al menos creo que podemos observar lo siguiente a partir del 1898 en lo referente al tema.

Es claro que mientras la economía de Puerto Rico era primordialmente agraria y una donde predominaba el monocultivo, mientras la mayoría de su población era rural y no urbana, mientras la educación era algo limitado aún más de lo que es hoy a sectores privilegiados

de la sociedad puertorriqueña, la separación entre "intelligentsia" literaria a "intelligentsia" técnica no podía existir, ya que este último segmento es característico de sociedades industrializadas o en proceso avanzado de industrialización. Ni siquiera puede decirse que existiese un "humanismo liberal", tal y como lo hemos descrito. Por eso creo que no estoy lejos de la verdad cuando observo que la "intelligentsia" puertorriqueña hasta 1940 fue predominantemente una de carácter literario o artístico, y no de carácter científico o técnico como la que existe hoy.

Veamos. Cuando la sociedad puertorriqueña cobra su perfil más o menos claro durante el siglo XIX, un grupo de jóvenes puertorriqueños —educados casi todos ellos en España— forman la espina dorsal de todo el movimiento liberal que culmina con el abolicionismo. La educación de estos liberales puertorriqueños era sin duda la educación clásica europea del hombre de letras, y por eso no nos extraña que hombres como Baldorioty, Ruiz Belvis y Hostos fuesen, además de políticos, hombres cultos y cultivados en las letras. Era esta una élite intelectual cuya figura cumbre es Eugenio María de Hostos, pero cuya figura más significativa desde el punto de vista de la eficacia política fue Luis Muñoz Rivera. El cambio de soberanía no alteró las cosas fundamentalmente. Muñoz Rivera, De Diego, Matienzo Cintrón, son escritores y poetas así como políticos, y la retórica el alma afilada que todos utilizan en su argumentación pública.

Cuando arribamos al 1930, bajo una situación colonial intacta desde principios de siglo, Antonio S. Pedreira escribe un libro, *Insularismo*, que ilustrará mejor que ningún otro la tesis que he pretendido esbozar en este ensayo. Porque es en la prosa del escritor humanístico educado en España y en los Estados Unidos, influido por los hombres del '98 y por la figura de José Ortega y Gasset, que encontramos ese humanismo de tinte aristocratizante que puso en boga *La Rebelión de las Masas*. Pedreira, y Tomás Blanco con su *Prontuario Histórico de Puerto Rico*, son los precursores de ese humanismo literario que intenté describir arriba. Lo mismo puede decirse de Vicente Géigel Polanco en su libro *El Despertar de un Pueblo*, publicado una década después. Los herederos de esta tradición literaria que representan en la poesía Llorens Torres y Palés Matos, son los que hoy constituyen la "intelligentsia" literaria puertorriqueña. Pero con la salvedad de que Pedreira escribió sobre un mundo que ya él vislumbra en estado de descomposición, por lo que intentar revivirlo resulta en la evocación romántica de un pasado ido inexorablemente.

Así, pues, las nuevas corrientes que hoy se apartan de la orientación tradicional literaria-humanística de la intelectualidad puertorri-

queña son el reflejo de los cambios que se han operado en la sociedad puertorriqueña a partir del 1940 y que nos afectan cotidianamente. El choque entre las orientaciones y lealtades de los diferentes segmentos de la intelligentsia puertorriqueña mencionados por mí ha de atribuirse, por lo tanto no a meras pugnas escolásticas sino a conflictos ideológicos que en última instancia, se fundamentan sobre intereses sociales y económicos dentro de la sociedad puertorriqueña del momento actual. Vale decir, que estas visiones del mundo antagónicas y discrepantes dentro de los diferentes "sectores" de la intelectualidad puertorriqueña no obedecen a hechos fortuitos, sino que son la articulación en forma ideológica de los intereses que pugnan en la sociedad puertorriqueña por la conquista del poder económico, social y político. El escritor, el humanista liberal o el técnico podrán cultivar una actitud de que están "por encima" de las luchas sociales, pero sus propias preferencias y orientaciones indican que, como todo actor que se mueve en un contexto histórico-social, no puede el intelectual—mucho menos que el hombre de calle—realizar la proeza imposible de saltar sobre su propia sombra.

El intentar—aunque sólo sea someramente—, evaluar la influencia relativa de la "intelligentsia" puertorriqueña tomada en conjunto o por "segmentos" resulta tarea muy difícil. Se dice—especialmente por los intelectuales más "enajenados"—que la influencia del intelectual—usando el término aquí en un sentido genérico—se mide de acuerdo a la estimación que la imagen pública de éste despierte dentro de los miembros de la comunidad en que vive. Así, por ejemplo, se acepta generalmente como un hecho que la influencia del sector intelectual es mayor en Europa que en los Estados Unidos. La cuestión es, en verdad, difícil como punto de partida para la generalización. ¿Cuán influyente puede ser una carta de Sartre o Camus a *Le Monde* sobre las represiones sangrientas en Argelia? ¿Qué cambios en la política exterior de Alemania Occidental puede ocasionar una campaña de los intelectuales de izquierda frente al neonazismo? Lo más que puede decirse es que el intelectual—acostumbrado a ver las cosas "desde afuera"—, adopta por lo general la posición radical del rebelde. Pero su influencia es mínima cuando se lo compara con la apabullante fuerza de los militares, de los industriales o de los financieros, de los políticos de oficio y de los técnicos...

Puerto Rico ofrece pábulo para una meditación sobre el tema. Porque, ¿qué influencia tienen los intelectuales en la vida pública de Puerto Rico? Casi me inclino a afirmar festinadamente: ninguna. Pero me detengo cuando medito sobre la influencia, la gran influencia que los técnicos ejercen en la administración del Estado y de la industria

moderna. Con el advenimiento de lo que Hans Freyer ha llamado "los sistemas secundarios", muchos de los problemas tradicionalmente asociados con la política se convierten en problemas de administración: el experto gradualmente suplanta al "generalista" dentro del ámbito del aparato burocrático. En las agencias administrativas—Fomento, Junta de Planificación, Banco Gubernamental de Fomento—la influencia y el control de los técnicos es más considerable. Si a esto añadimos una tradición de "personalismo" y de gobierno unipersonal—ilustrado por nuestra más alta institución educativa así como por el Jefe del Poder Ejecutivo—podemos captar que la influencia real que ejercen los intelectuales liberales o los "literatos"—para ponerlos en orden de influencia relativa—resulta bastante limitado. Como sus homónimos en los Estados Unidos, estos dos segmentos de la intelectualidad puertorriqueña protestan... y alguno que otro del primer grupo logra penetrar en el recinto de los políticos. Pero ahí—como con los "New Frontiersmen"—termina su influencia. La enajenación personal del intelectual puertorriqueño—sea "liberal-humanista o literario"—es un reflejo de la enajenación colectiva de Puerto Rico ante el fenómeno de su dependencia económica, militar y política de los Estados Unidos. En tanto que sea un hecho—como ha señalado con habitual sarcasmo el Profesor Gordon K. Lewis—, que mientras Puerto Rico propone el Congreso norteamericano dispone, no puede esperarse una reconciliación de los sectores mencionados frente a su impotencia personal y colectiva. Mientras perdure el colonialismo en Puerto Rico esta situación de "enajenación" persistirá—especialmente entre el grupo de intelectuales literarios o humanísticos. La enajenación que experimentan éstos frente a las masas puertorriqueñas no es sino el reflejo de la enajenación colectiva de nuestros propios destinos a los intereses—que pueden o no coincidir con los de Puerto Rico—de la metrópoli. Lo más probable es que, de prolongarse esta situación, pueda palpase en el futuro una marcada radicalización de los sectores más progresistas de la intelectualidad puertorriqueña—la de los liberales humanistas y la de los literatos. Pero ello a su vez marcará una toma de conciencia que será no la causa, sino el efecto, de los vastos cambios sociales y económicos que hoy—veinte y pico de años después del ascenso del Partido Popular Democrático al poder—pueden ya vislumbrarse con alguna claridad.

V

Cuba y la República Dominicana pueden servir a manera de puntos de comparación para un análisis más extenso sobre el tema de los

intelectuales en el Caribe hispánico. Puede notarse desde fines del siglo pasado el surgimiento —en los tres países antillanos que estamos tratando aquí— de una intelectualidad humanísticamente orientada, educada por lo general en Europa, y representativa de todas las fuerzas más progresistas que, para aquel entonces, propugnaban por el abolicionismo y por la independencia política de las Antillas. Así Martí, Hostos, Henríquez y Carvajal... Son estos los liberales de su época, hombres de letras que toman sobre sus hombros las responsabilidades de la política. Frente a las fuerzas del oscurantismo religioso y del anexionismo, estos pensadores lucharon tenazmente por la libertad de sus países respectivos y de las Antillas en general, creando así una tradición libertaria que se extiende hasta nuestros días.

(No puedo entrar aquí en detalle en un área que es para mí aún algo así como un arcano. Las observaciones que haré serán mayormente sobre lo que pude observar sobre la "intelligentsia" en la República Dominicana durante mis cortas estadias allí. Me abstendré de hablar de Cuba por mi ignorancia del tema).

En la República Dominicana nos confrontamos con que existe actualmente un sector de su intelectualidad que se ha radicalizado, concibiendo a su misión como una de carácter esencialmente crítico. Casi me atrevería a afirmar que —entre los intelectuales jóvenes— el izquierdismo resulta la única posición consistente con las realidades de su país y el liberalismo resulta de muy poco atractivo para ellos. En contraste, muchos de los intelectuales que sirvieron como ideólogos a Trujillo —Balaguer, García Battle— pertenecían a la tradición literaria marcadamente retórica. Hugo Tolentino, en una conferencia pública titulada *Orígenes, Vicisitudes y Porvenir de la Nacionalidad Dominicana* (1963), le atribuye a este grupo de literatos representado por escritores como Balaguer la responsabilidad moral e intelectual que debe fijársele a todos los que en una forma y otra han contribuido a la situación desesperante de la República Dominicana. Tolentino cree ver en este sector —que correspondería mayormente a la "intelligentsia" literaria a que hice alusión antes— un elemento de manifiesta convivencia con todos los intereses más conservadores de la sociedad dominicana. Lo cierto es que este tipo de literato ha sido el que ha predominado en la vida intelectual dominicana hasta muy recientemente, y no puede negarse que fue éste uno de los elementos que más soporte ideológico dio a la dictadura de Trujillo.

En contraste con esta posición, el intelectual dominicano que ha surgido a la vida pública y cultural después de Trujillo está, como ya dije, renuente a convertirse en un "humanista liberal" como lo haría la mayoría de los intelectuales puertorriqueños. Como los problemas

de su país son radicales, las soluciones también son concebidas como radicales. Este radicalismo está fundamentado, por lo general, en posiciones mucho más a la izquierda que la sustentada por la mayoría de los intelectuales puertorriqueños.

Como la República Dominicana no ha llegado a la etapa de desarrollo económico de Puerto Rico la "intelligentsia" técnica no se ha desarrollado hasta el punto en que lo ha hecho aquí. Por eso el contraste que se capta es básicamente aquel entre el intelectual literario y el intelectual radicalizado, con algunas gradaciones intermedias—como la de los intelectuales católicos por ejemplo.

El alto grado de analfabetismo y la extrema pobreza de la población no pueden menos que limitar el acceso que los jóvenes provenientes de los sectores campesinos y obreros pueden tener a la educación superior. La impresión que tuve en la República Dominicana fue que casi todos los intelectuales—incluso los más radicales—provenían de la clase media o de la pequeña clase media—raro era el que venía de clases menos privilegiadas. Desde luego que la influencia ejercida por ellos en este contexto es de suyo debatible. Existe un gran hiato entre las grandes masas y los intelectuales y la enajenación de éstos—hablo de los "de izquierda"—es muy marcada. Carentes del poder público, se limitan a la crítica acerba o, por el reverso, a la justificación blanda de lo existente. Sólo una renovación fundamental de la situación social y económica del país podrá insuflarle a la "intelligentsia" dominicana ímpetus renovadores.